

FICHA 8

Implicados en la promoción de los derechos de los niños y jóvenes

‘Inspirados por la misión de Jesús, estamos llamados, personalmente y en fraternidad, a generar vida y esperanza en las periferias de nuestras sociedades’.

(PVMCH 18)



IDENTIFICACIÓN

El amor de Dios enciende en nuestros corazones la pasión por llegar a más niños y jóvenes, y hacer que vivan en plenitud. Especialmente, escuchamos hoy las voces que nos piden anunciar la Buena Noticia de Jesús, sobre todo en los lugares donde no se conoce; denunciar y comprometernos a luchar contra las nuevas formas de pobreza; educar a las nuevas generaciones en amor y respeto a la creación; educar en la igualdad de género, en la diversidad cultural, religiosa y étnica; erradicar las causas de la exclusión y explotación de los niños y jóvenes, a través de nuestro compromiso socio-político; ser solidarios con la realidad de los pueblos, más allá de nuestras propias fronteras.

(EMM 58)

Itinerario personal

1. LA MISIÓN

(PVMCH 18)

18. EN LAS PERIFERIAS DEL MUNDO

Inspirados por la misión de Jesús, estamos llamados, personalmente y en fraternidad, a generar vida y esperanza en las periferias de nuestras sociedades.

Deseos de responder a esa llamada:

- ✓ Discernimos nuestra disponibilidad para experiencias de misión en lugares de frontera, y acompañamos con nuestra ayuda, apoyo y oración a los miembros que se ofrecen a esa misión.
- ✓ Discernimos el uso de nuestros bienes personales, y los administramos con responsabilidad y con criterios de solidaridad.
- ✓ Nos implicamos en la promoción de los derechos de los niños y jóvenes.

- ✓ Nos formamos en cuestiones de solidaridad y hacemos experiencias concretas que nos acerquen a personas vulnerables.
- ✓ Nos mostramos sensibles ante las desigualdades de la sociedad, y promovemos acciones para denunciar las causas que las provocan.

2. EJERCICIO DE INTERIORIZACIÓN

- ❖ ¿Qué *sentimientos* te produce la lectura del texto EN LAS PERIFERIAS DEL MUNDO? Ora con ellos.

- ❖ Recaba algunos *datos de la realidad* de tu país en relación a la situación de los niños y jóvenes en necesidad.

- ❖ ¿Trata de realizar un ejercicio de “ver la realidad que te rodea con los ojos de un niño pobre”? Trata de escribir tu descripción.

3. TEXTOS COMPLEMENTARIOS

A. TIENEN SUERTE LOS POBRES

José Antonio Pagola

Jesús no excluye a nadie. A todos anuncia la buena noticia de Dios, pero esta noticia no puede ser escuchada por todos de la misma manera. Todos pueden entrar en su reino, pero no todos de la misma manera, pues la misericordia de Dios está urgiendo antes que nada a que se haga justicia a los más pobres y humillados. Por eso la venida de Dios es una suerte para los que viven explotados, mientras se convierte en los causantes de esa explotación.

Jesús declara de manera rotunda que el reino de Dios es para los pobres. Tiene ante sus ojos a aquellas gentes que viven humilladas en sus aldeas, sin poder defenderse de los poderosos

terratenientes; conoce bien el hambre de aquellos niños desnutridos; ha visto llorar de rabia e impotencia a aquellos campesinos cuando los recaudadores se llevan hacia Séforis o Tiberíades lo mejor de sus cosechas.

Son ellos los que necesitan escuchar antes que nadie las noticias del reino: “Dichosos los que no tienen nada, porque es de ellos el reino de Dios; dichosos los que ahora tienen hambre, porque serán saciados; dichosos los que ahora lloran, porque reirán”. Hay un consenso bastante generalizado en que estas tres bienaventuranzas, dirigidas concretamente a los pobres, los hambrientos y los que lloran, han sido formuladas por Jesús, y de que la versión de Lucas (6, 20.-21) es más auténtica que la de Mateo (5,3-11), que las ha espiritualizado, añadiendo además otras nuevas. Jesús los declara dichosos, incluso en medio de esa situación injusta que padecen, no porque pronto serán ricos como los grandes propietarios de aquellas tierras, sino porque Dios está ya viniendo para suprimir la miseria, terminar con el hambre y hacer aflorar la sonrisa en sus labios. Él se alegra ya desde ahora con ellos. No les invita a la resignación, sino a la esperanza. No quiere que se hagan falsas ilusiones, sino que recuperen su dignidad. Todos tienen que saber que Dios es el defensor de los pobres. Ellos son sus preferidos. Si su reinado es acogido, todo cambiará para bien de los últimos. Esta es la fe de Jesús, su pasión y su lucha.

Jesús no habla de la “pobreza” en abstracto, sino de aquellos pobres con los que él trata mientras recorre las aldeas. Familias que sobreviven malamente, gentes que luchan por no perder sus tierras y su honor, niños amenazados por el hambre y la enfermedad, prostitutas y mendigos despreciados



por todos, enfermos y endemoniados a los que se les niega el mínimo de dignidad, leprosos marginados por la sociedad y la religión. Aldeas enteras que viven bajo la opresión de las elites urbanas, sufriendo el desprecio y la humillación. Hombres y mujeres sin posibilidades de un futuro mejor. ¿Por qué el reino de Dios va a constituir una buena noticia para estos pobres? ¿Por qué van a ser ellos los privilegiados? ¿Es que Dios no es neutral? ¿Es que no ama a todos

por igual? Si Jesús hubiera dicho que el reino de Dios llegaba para hacer felices a los justos, hubiera tenido su lógica y todos le habrían entendido, pero que Dios esté a favor de los pobres, sin tener en cuenta su comportamiento moral, resulta escandaloso. ¿Es que los pobres son mejores que los demás, para merecer un trato privilegiado dentro del reino de Dios?

Jesús nunca alabó a los pobres por sus virtudes o cualidades. Probablemente aquellos campesinos no eran mejores que los poderosos que los oprimían; también ellos abusaban de otros más débiles y exigían el pago de las deudas sin compasión alguna. Al proclamar las bienaventuranzas, Jesús no dice que los pobres son buenos o virtuosos, sino que están sufriendo injustamente. Si Dios se pone de su parte, no es porque se lo merezcan, sino porque lo necesitan. Dios, Padre misericordioso de todos, no puede reinar sino haciendo ante todo justicia a los que nadie se la hace. Esto es lo que despierta una alegría grande en Jesús: ¡Dios defiende a los que nadie defiende!

Esta fe de Jesús se arraigaba en una larga tradición. Lo que el pueblo de Israel esperaba siempre de sus reyes era que supieran defender a los pobres y desvalidos. Un buen rey se debe preocupar de su protección, no porque sean mejores ciudadanos que los demás, sino simplemente porque necesitan ser protegidos. La justicia del rey no consiste en ser “imparcial” con todos, sino en hacer justicia a favor de los que son oprimidos injustamente. Lo dice con claridad un salmo que presentaba el ideal de un buen rey: “Defenderá a los humildes del pueblo, salvará a la gente pobre y aplastará al opresor... Librará al pobre que suplica, al desdichado y al que nadie ampara. Se apiadará del débil y del pobre. Salvará la vida de los pobres, la rescatará de la opresión y la violencia. Su sangre será

preciosa ante sus ojos” (Salmo 72,4.12-14). Este salmo, dedicado a Salomón, ofrece la visión que se tiene en Israel del rey ideal. La conclusión de Jesús es clara. Si algún rey sabe hacer justicia a los pobres, ese es Dios, el “amante de la justicia” (Salmo 99,4). No se deja engañar por el culto que se le ofrece en el templo. De nada sirven los sacrificios, los ayunos y las peregrinaciones a Jerusalén. Para Dios, lo primero es hacer justicia a los pobres. Probablemente Jesús recitó más de una vez un salmo que proclama así a Dios: “Él hace justicia a los oprimidos, da pan a los hambrientos, libera a los condenados... el Señor protege al inmigrante, sostiene a la viuda y al huérfano”. (Salmo 146,7.9) Este salmo pertenece a un grupo de salmos que comienzan con la aclamación del *aleluya* “Alabad a Yahvé”) y que los judíos recitaban por la mañana. Si hubiera conocido esta bella oración del libro de Judit, habría gozado: “Tú eres el Dios de los humildes, el defensor de los pequeños, apoyo de los débiles, refugio de los desvalidos, salvador de los desesperados” (Judit 9,11). Se trata de una obra de autor desconocido, escrita hacia el 150 a. c., que se atribuye artificialmente a Judit “la judía”), una heroína legendaria al servicio de la liberación de su pueblo. Así experimenta también Jesús a Dios.

B. CHAMPAGNAT NOS INTUYÓ EN LOS OJOS DE UN NIÑO POBRE

Comisión de Solidaridad – Instituto Marista

*“Ver el mundo con los ojos de los niños y jóvenes pobres
y así cambiar nuestros corazones y
actitudes como hizo María”
(XXI Capítulo General)*

RASGOS Y ACTITUDES QUE DERIVAN DE UNA VISIÓN DE LA REALIDAD DESDE LOS OJOS DEL POBRE

¿QUÉ ENTENDEMOS POR POBRES?

Si bien muchas son las formas o tipos de pobreza, al hablar de POBRES entendemos el grupo que viene significado en la expresión “opción por los pobres” o “amor preferencial por los POBRES” dentro del lenguaje habitual de la Iglesia y de nuestros documentos.

Juan Pablo II al referirse a ellos dirá que son los “más desheredados”, “los más pobres de la Tierra”, los marginados, los oprimidos, todos aquellos que son tratados como los últimos de la sociedad. Son los rostros de todos aquellos hombres “donde la imagen divina aparece deformada”. Al hablar de pobres entendemos el grupo mayoritario de nuestra humanidad, que supone las dos terceras partes de nuestro mundo.



1. Los ojos de los pobres viven la necesidad, la inseguridad, el no tener influencia y el carecer, a menudo, de alimento y de derechos. Se sitúan al margen y desde allí trabajan para vivir, no para almacenar, y aprecian lo poco que tienen e incluso lo ponen en común y lo comparten.

Hacer nuestra esta mirada es ser sensibles a la realidad de los demás; es llevar una vida sencilla, sin lujos ni derroches, ni afán de acumular; es valorar el propio trabajo y la acción común; es experimentar situaciones reales de pobreza e inseguridad material. Supone, en definitiva, forjar más el ser que el tener, más el dar que el recibir.

- | | |
|--|--|
| <p>2. Los ojos de los pobres ven una sociedad desigual que no deja espacio al débil, al carente, al pequeño, con estructuras injustas que acrecientan la brecha entre ricos y pobres. Desde esta perspectiva de dependencia buscan descubrir e interpretar las causas de este empobrecimiento y marginación, y actuar solidariamente como comunidad organizada.</p> | <p>Hacer nuestra esta mirada supone sensibilidad por la justicia social; interpretación de la vida y la sociedad en sentido comunitario; espíritu crítico para analizar la situación del mundo; empeño por el diálogo y la participación; acompañar procesos de autonomía y liberación; evitar ser cómplices de estructuras de violencia y opresión.</p> |
| <p>3. Los ojos de los pobres aprecian el regalo de la vida de los demás, a quienes no ven como rivales sino como hermanos y compañeros. Valoran por encima de todo a las personas, su situación, su cultura, sus posibilidades, su experiencia de vida, la sangre y sudor derramados en común. Saben estar con las personas, sufrir con ellas, alegrarse con ellas.</p> | <p>Hacer nuestra esta mirada nos lleva a descubrir y valorar la riqueza de las personas, por encima de estructuras y seguridades; a aprender de otro, aceptando ser evangelizado por él; a saber escuchar; a tomar conciencia que la relación fraterna con los demás nos humaniza.</p> |
| <p>4. Los ojos de los pobres, desde la fe, descubren la pobreza del mundo como situación no querida por Dios y desean un mundo mejor y definitivo, de plenitud y liberación. Encuentran a un Dios que guía la historia y sabe de las alegrías y sufrimientos de los hombres y mujeres. Ven a un Dios que opta por ellos y desean una Iglesia donde quepan todos, con grandes espacios para los que menos tienen.</p> | <p>Hacer nuestra esta mirada es descubrir al Dios de la vida, que libera y salva; al Dios de la historia que privilegia al marginado, haciéndose presente en él. Es saber que amando a los pobres amamos a Dios. Es vivir alegremente en la esperanza. Es interpretar la fe como compromiso con la justicia y la liberación. Es leer e interpretar la Palabra de Dios desde la vida y enriquecerla al caminar.</p> |
| <p>5. Los ojos de los pobres viven sensibles a los que más sufren y tienen para con ellos actitudes fraternas de disponibilidad, acogida y apertura. Son conscientes del propio sufrimiento y, desde él, crecen en compasión y misericordia hacia quienes viven las mismas condiciones de carencia.</p> | <p>Hacer nuestra esta mirada nos lleva a desarrollar la sensibilidad hacia las necesidades de las personas de nuestra época; a crecer en solidaridad, multiplicando los gestos de hospitalidad, generosidad y confianza; a utilizar lo que somos y los bienes y medios que tenemos como instrumentos para el bien común y el servicio a los demás.</p> |

6. Los ojos de los pobres buscan pan... lo esencial, lo vital, lo importante y lo necesario. Sienten las urgencias del diario vivir. No encuentran espacios para reflexiones y teorías. No sufren la tensión de la eficacia. Miran horizontes indefinidos, saben de largos caminos, viven con gran paciencia.

Hacer nuestra esta mirada es ser cercano a los problemas reales, trabajar en torno a necesidades vitales. Es alejarse de lo accesorio, lo superfluo, lo secundario. Es tener capacidad de itinerancia, de movilidad, de cambio de lugar. Es vivir en lo provisorio. Es tener la paciencia de los largos procesos. Es la capacidad de anonadamiento y de cruz.

7. Los ojos del pobre observan cada acontecimiento, cada proyecto, cada actitud, cada nueva situación desde los parámetros de si ayudarán o no a la construcción de un mañana más justo y solidario. Brilla en ellos la esperanza firme de que en la cruz de cada día se apunta ya el alba de la resurrección.

Hacer nuestra esta mirada supone tener en las urgencias, los valores y las llamadas de los pobres el sentido totalizador de nuestra vida y el criterio de nuestros discernimientos. Situarnos en esta perspectiva no como algo accidental, sino como parte esencial de nuestra visión del mundo y de la vida, hará mantener viva la esperanza de un futuro mejor.

